

Cosquillas



30
céntimos.

UNA ELEGANTE

Por Demetrio.

—¿Ven ustedes lo abrigada que llevo la cabeza? ¡Pues siento un fresquito en los carrillos!...

Demetrio



Otra nota gráfica de la hermosa Constanza, y otro golpe a Heredia, en el gracioso sketch "Présteme usted su ropa". Repito mis alabanzas a la bella tiplé cómica, y mis más furibundas maldiciones a las piernas de Heredia.

Vuestro, INCÓRDIEZ.

Foto Cortés.

R.4918

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL ADMINISTRADORA

DE

PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

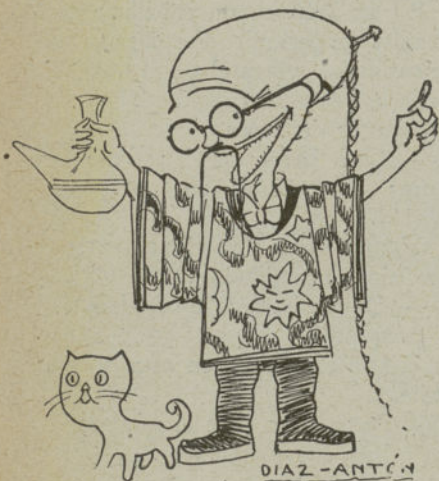
Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 12 de Febrero de 1927

Núm. 20



Incoherencias

por el

“Chino desconocido,”

La palabra *tentáculos* hay que acentuarla con gran cuidado.

El que se pica, ajos come.

¡Tú eres el primer hombre de veinticuatro años y medio que me besa de esa manera!

No faltará iluso que se crea que pueda haber un *extraordinario de Carnaval* mejor que el de COSQUILLAS.

¡Es que llevo las medias muy altas, so tonto!

¡¡Que se acaba la película, Gorrito!!

¡Yo soy una mujer honrada, caballero!... Y cinco duros es una portería.

¡Catorce planas en color! en nuestro próximo número, *EXTRAORDINARIO DE CARNAVAL*.

—¡Quisiera ser su camisa, preciosa María!

—¡Pues sería usted muy poquita cosa, amigo Antonio!

Vuestro (¡Pero qué iba a decir!),

EL CHINO DESCONOCIDO

Por las veces que sea preciso

A todos los lectores y a los amigos particulares que me han escrito cartas preguntándome “¡Qué pasa?”, no les puedo contestar esta semana mas que con cuatro líneas: El “*extraordinario de Carnaval*” me entretiene toda la atención.

Pero pasado el *extraordinario* os contestaré a todos. De todas maneras puedo anticipar “que no haré el ridículo” y que sabréis hasta lo más minucioso. Esto no lo podrá evitar ni Palafox, como dicen en La Patria Chica.

Un abrazo,
Demetrio.



Cuando tu amigo te convida y te dice, después de presentarte a su linda esposa, “¡Estás en tu casa!”, no se te ocurra guiñarle un ojo a la señora y dirigirte a la cámara nupcial. Estará mal visto.

No adoptes una postura desacostumbrada, si no es obligado por una necesidad imperiosa. Si te pones en cucullias, que sea para algo definitivo.

No blasfemes ni insultes con grosería. Destierra de tus costumbres la repugnante de blasfemar e injuriar groseramente. Y si no puedes evitarlo, suaviza el dicitario. Por ejemplo, en vez de “Me voy a hacer tal cosa en usted”, esto otro: “Caballero, me va usted a obligar a tirar de la cadena en honor suyo”.

Este número ha sido revisado por la censura.





Perdóne usted el embarazo

¿Ustedes no han padecido nunca "l'embarrás du choix"? Les felicito. Es cosa terrible esto del "embarazo de escoger". Es el más terrible de los embarazos. Le ponen a usted delante una sola cosa y, ¡nada!, no hay embarazo.

Y esto me ocurre ahora con los asuntos que se brindan como temas de nuestros comentarios. Estoy embarazado. No sé por cuál decidirme. Me tientan dos o tres, por igual sugestivos.

* * *

Ya sabrán ustedes que el doctor yankee Mr. Wildam ha descubierto la manera de combatir la esterilidad. ¡Nada de glándulas de mono, ni de garambainas por el estilo! El doctor Wildam injerta a las señoras que lo han menester glándulas de coneja. Y el resultado es

En nuestro número próximo, extraordinario de

CARNAVAL

damos **CATORCE** planas en color. No hemos podido hacer más, pero muy pronto tendremos de máquina para que salgan las planas con ascensor y termosifón.

inmediato. Dos ricos propietarios de la Habana (rico y rica), casados y sin sucesión, ha luengos años acudieron al doctor Wildam, y, ¡zas!, de un golpe cuatro chicas.

No es una broma. Lo pueden ustedes leer en un periódico serio: "El Noticiero del Lunes" próximo pasado, página segunda, final de la columna cuarta.

No dirán que no les doy pelos y señales.

Pero no vayan ustedes a pensarse que basta con la operacioncita; no. El doctor hace eso, y ustedes luego tienen que ayudar por su cuenta. Si se lo dejan ustedes todo al doctor, la cuenta subiría demasiado.

* * *

Otra cosa graciosa del mismo periódico y de la misma fecha: la encuesta entre personas conocidas para averiguar cómo les gusta la cabellera de la mujer, si corta o si larga...

A mí me parece que están de sobra las opiniones de los hombres, así sean tan espirituales como la que ha vertido el Niño de la Palma: "A mí me gustan con trenza, pero que no estén toreás".

Las mujeres, sólo las mujeres, porque a ellas solas las interesa, deben decidir si la quieren corta o larga. Y nosotros a complacerlas en la medida de nuestras posibilidades...

* * *

"La prissionière", una comedia que está haciendo furor en París,

va a provocar un escándalo de consideración. ¿Por el asunto? No. El asunto es poca cosa. Total, una madama que es demasiado amiga de sus amiguitas y nada complaciente con el sexo contrario. ¡Viejo como la humanidad! El escándalo viene porque una ilustre literata acusa de plagio al autor de "La prissionière". "Ni el asunto, ni la manera de desarrollarle—dice—, son originales."

Para usted, señora, la perra gorda. ¿Cómo quiere usted que con ese asunto se descubra nada original?...

* * *

Rigurosamente histórico.

En un tranvía, un caballero que llevaba un periódico desplegado ante sus ojos, comentaba con otro caballero, sentado a su diestra, unos accidentes de autos...

—¡Qué barbaridad! ¡¡Siete señoras atropelladas en pocas horas!!...

Y una dama con el pelo gris y los ojos encandilados:

—¿Dónde ha sido eso, caballero? —preguntóle.

—Aquí, señora: en esta misma calle.

—Pero... ¿no dice el número?

LEOPOLDO BEJARANO



Ilustración para un específico afrodisiaco.


Dib. de Mihura.

LA SECCIÓN DE CRIMENES

por DEMETRIO



¡Otro desmán de un sátiro!... Este caso del sátiro es horroroso... es horroroso de escaso.



Cosas de Belorcio

Fritz necesita ver y tocar

—Antoneses es presiso estarse moi mocho combletamente compenido de las cosas, antes de censurrarlas.

—Pero, querido Fritz, es que hay detalles elocuentísimos.

—¡Oh, sí, sí; moi mocho elo-güentísimos!... ¿Osted se está sabido del güento del bescador que no bescaba?

—Yo, no.

—Antoneses, escúcheme. Se astaba un hombre a la orrilla de un río con una caña y su hilo y su ansuelo y su cusanito a la punta, cuando se aparresió un cuarda...

—¡Hola!

—Se aparresió un cuarda y le dico: “¿Osted se tiene de la lisen-sia bor bescar?” “No, señor cuar-da; yo no se tiene de la lisen-sia.” “Antoneses, ¿bor qué se astá osted bescando, señor?” “Yo no ma estoy bescando.” “¿No, señor?” “No, señor.” “¿Berro usted no se astá a la orrilla de un río?” “Sí, señor.” “Y usted, ¿no se tiene a la mano una caña?” “Sí, señor.” “Y usted, en esa caña, ¿no se tiene un hilo?” “Sí, señor.” “Y al extremo de ese hilo ¿no se astá un ansuelo?” “Sí, señor, se astá.” “Y an ese ansuelo, ¿no se astá su cusano?” “Sí, señor.” “¡Antoneses usted se astá bescando!” “¡No, señor!” “Antoneses, ¿qué se hase usted?” “¡Ma astoy anseñando a nadar al cusano!”

—¡Muy bien, Fritz!

—Claro que sí, que se astá muy pien. Es bor esto que yo dise que el aparriensia se astá engañosa. Si yo no ma fuese creído de esto, yo ma astarría a bresidio ya se hase moi mocho pastante demasiado tiempo.

—¿Cómo fué eso?

—¡Oh, carramba, se astuvo asbantoso!

—Cuenta, cuenta.

—Sa susedió a Perlín. Antré yo una noche a mi casa de improviso, güando al llegar al gapinete ma encontré un güadro horripale. ¡Oh, las abarriensias! Al sofá, todo él tendido con el boca apajo, se astaba un hombre con todo su peso ablastando a mi bobresita Elsa, a

la que me tenía suqueta bor sus brasitos.

—¡Caray!

—Esto dique yo, y ma fuí parra él como un torro; berro gomo yo ma estoy un hombre moy preca-fido, le dije antes de haserle nada: “Osted, ¿qué se le hase a mi esbosa, caballero? ¿Osted se astá un miserrable?” “¡No, señor!” “¿Gómo que no? ¿Osted no se astá sobre ella?” “Sí, señor.” “¿Antoneses?” “¡Antoneses yo la está enseñando el brosedimiento por salvar a una bersona que se ahoga en el río!”...

—¡Maravilloso!

—¡Las abarriensias! Y yo ma horroriso cada vez que bienso que me estuve al punto de matarle, creyendo que se astaba un ladrón!...

BELORCIO.



—Oye; ¿me lo dejarás leer?

—Bueno; ¡pero no me hagas responsable de los resultados! Dib. de Picó.

¡Buen negocio!

La acción pasa en una farmacia de postín, donde los mil potingues se muestran al público entre telares, jarrones y vistosos cacharros de Talavera; ante la caja registradora, una bella señorita ve pasar a los transeúntes con una marcada y sajona indiferencia.

Entra en la farmacia un hombretón fornido y elegante que titubea ante la presencia de la linda dependienta, mas, tras una ligera duda pregunta tímido:

—¿Tiene la bondad, señorita, de avisar al encargado?

La señorita le mira fija y no responde; el caballero insiste, y dice:

—Es tan delicada la índole del asunto, que no me atrevo...

La señorita, con resolución:

—Caballero, puede usted hablar con absoluta confianza, yo soy farmacéutica, y en esta farmacia, que nos legó mi

padre, ejercemos la carrera mis dos hermanas y yo; por lo tanto, puede usted hablar con confianza, se halla usted ante un profesional...

Rota la timidez por tan gentil y moderna declaración; el caballero fornido y elegante cuenta su historia clínica, desde hace una temporada su virilidad está violentada por un constante deseo de posesión.

—Es irresistible—exclama descorazonado—, hoy mismo, son las seis de la tarde, y llevo... ¡¡diez veces!!, señorita; comprenda la razón de mi queja; es algo que urge una pronta solución, en usted confío...

La señorita, titubeando por una honda emoción, dice al caballero:

—Perdón, un minuto, que voy a consultar con mis hermanas. Y rápida desaparece ante el cortinón de Damasco...

El caballero pasea nervioso, y a los pocos momentos reaparece la gentil boticaria con aire de triunfo.

—Caballero, he consultado con mis hermanas y le ofrecemos una solución. Mil pesetas al mes y el diez por ciento de nuestro negocio.

Menudencias

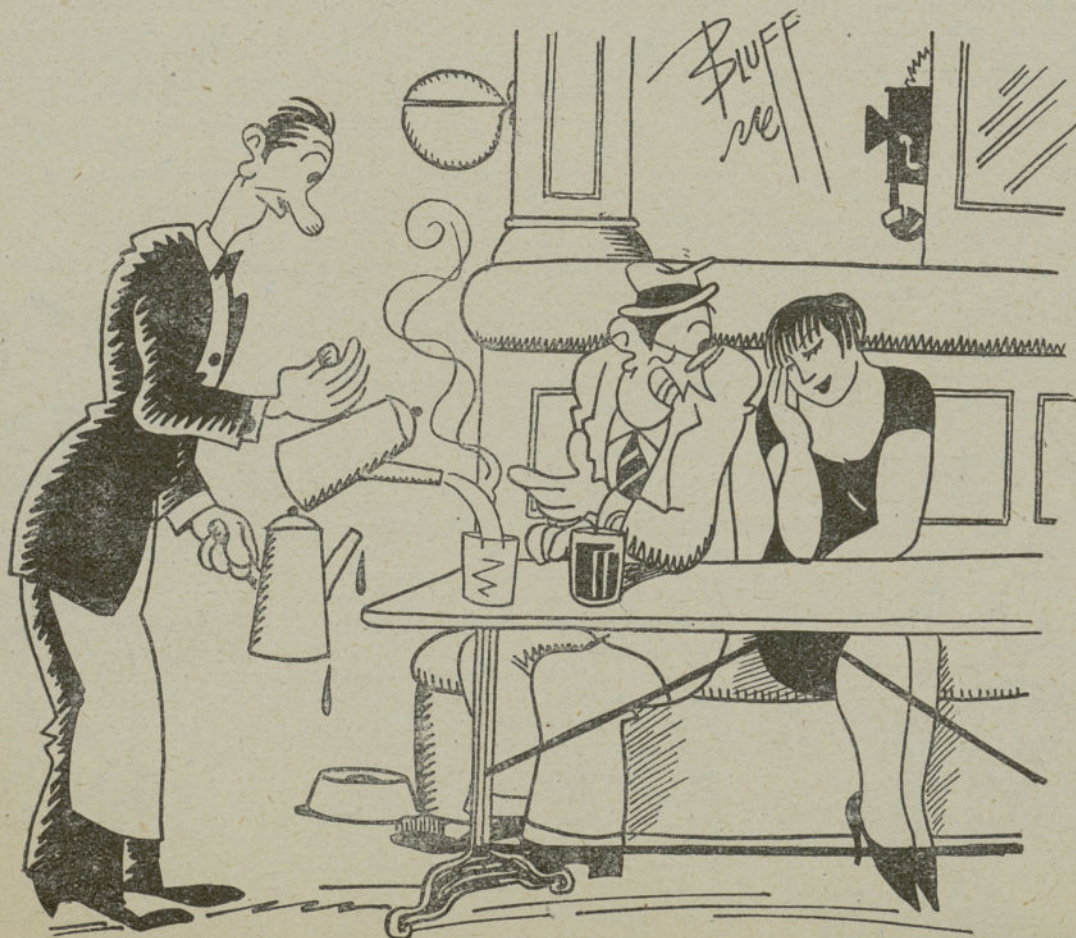
El hombre más sufrido es el *simón*.
¿No es cierto, Encarnación?

Anda diciendo Luisa la chalaquera, que le ha hecho un feo el hijo de mi portera. Pero yo creo, que si no es muy bonito, tampoco es feo.

¡Cómo se mueven aquellos trigos!...
¡Algún conejo debe de ser!
No. Pues si le echo la vista encima yo le aseguro que ha de caer.
... ..
Fuí a los trigos, preparé el arma;
llegó el momento de disparar...
Y puse negros al boticario
y a la barbera de mi lugar.

FÉLIX HERCE

J. L. SILVA



PRESUNCION, por Bluff.

El.—...

Ella.—¡¡Exagerao!!



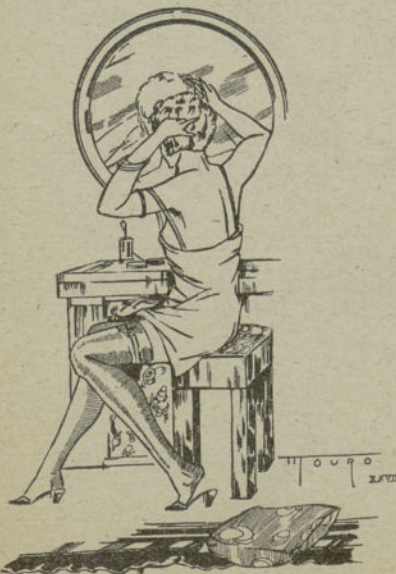
Charlas de Incórdiez

Un castigador "ful"

Voy a hacerles a ustedes el retrato de un castigador *ful* (porque los hay *fetén*, como... un servidor de ustedes).

¿No han observado ustedes de cerca a un castigador de *doublet*? Pues yo, que me he regodeado con la observación escrupulosa del operetesco tipo, les ofrendo hoy con estas líneas tan estupendamente escritas, que apenas los directores de los periódicos diarios tengan conocimiento de ellas, me llamarán, puestos de rodillas, para que colabore en los periódicos de su digna *arreción*. (Torres más altas han *caído*.) Bueno; dejémosnos de indirectas, y demos comienzo; ustedes a atenderme y yo a relatar.

Procuren entrar en cualquier *cabaret* y, una vez dentro, en vez de tirarse al suelo, abusar de las tanguistas o garrones capones a contrapelo a los camareros, que es lo que se hace en el extranjero; en vez de hacer esas cosas,



—Esto de llevar el pelo tan corto es una ventaja, porque, pase lo que pase, no se desmelenan una.

Dib. de Mouro.

tomen asiento (que entra en la consumación mínima) y desparramen la vista por el salón hasta dar con un joven, al parecer robusto y delicado a la par, que haciéndose el interesante y con de rengado y elegante abandono en una silla, hace como que le cuesta once duros el mirar las cosas y las personas que hay en su derredor (esto de *arredor* es de zarzuela grande). Con los ojos entornados y con un gesto de estar bajo los efectos de un par de botas vírgenes (o simplemente estrechas), o de la factura del sastre, bebe a pequeños sorbos en una gran copa que parece contener agua jabonosa que él ha pedido al camarero diciéndole, poniendo en el gesto y en la voz más abandono que se pone al dejar a un recién nacido en un solar envuelto en un *Heraldo*: "Oiga, *ché*; sírvame un ajeno, ¿no?", después de emitido lo cual, vuelve a sepultar la cabeza en los levantados hombros por la postura, pues el mocito ha echado los brazos sobre el respaldo de la silla, los cuales brazos le cuelgan por el susodicho respaldo como si estuvieran a secar. De vez en cuando, el *compadrito* se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se manosea los forros, con tal descaro, con tal desprecio de los presentes, que parece que les hace un favor con rascarse los bolsillos delante de ellos. Y vuelta a colgarlos en la silla y vuelta a mirar con los ojos entornados a las *gachis* más bien *colocadas* de línea y de indumento.

A poco que se fijen ustedes, notarán que le está poniendo los puntos a una tía guapísima, rayana en los veinticinco años, estupendamente semidesnuda, que al montar una sobre otra sus esculturales piernas, pone de manifiesto el taller. Entonces, se fijan ustedes en ella y fácilmente apreciarán que la tía está dejándose querer, al par que haciéndose la interesante como hacen las gatas. De cuando en cuando, la *gachi* le tira un viaje a los calcetines del castigador *ful* y palidece de deseo mal contenido. ¿Pues y él? El, sin descomponer la figura, la mira de través, poniendo tal gachonería en la mirada, tal aleteamiento en las fosas nasales y tal agitar la respiración, que ustedes se piensan que el *gachó* se está... en una carrera pedestre. (¡Y el que diga esto más delicadamente que yo, que levante una defensa sin astillársela!)

La *gachí*, que es una imaginativa añebrada, ya se ve entre los nervudos brazos del ojigarzo, y empieza a agitarsele su abultado seno en un tempestuoso sube y baja. Vislumbra una noche de amor desbordante. Se figura el amoroso doncel runroneándole en su perfumada orejuela: "¡No, vida mía; es inútil que me pidas clemencia; esto que acabo de ejecutar no es nada más que el prólogo de la ópera amorosa en ochenta y nueve actos que estoy dispuesto a representar sin apuntador!" Y que ella le contesta, con voz hambrienta de puro desfallecida: "No, vida mía; mi rey, no; yo no puedo con mi papel en esa ópera; no cantes más... La Africana:

he sido feliz como nunca, más que nunca...; déjame ya...; déjame, que me dan vahidos...; me dan... me dan veinte duros sin que yo tenga que tomar cartas en el asunto; pero tú me das lo que quiero de ti. Tú me das la dicha!..."

Pues bien; ya ven ustedes que el fulano ha conseguido hacer que la indvidua sueñe con un paraíso de Mahoma con balcones corridos y que chorrea aquiescencia y complacencia, chorreo que aprovecha él para sentarse al lado de ella y a preguntarle, metiéndole la cara y con los ojos entornados (¿cómo no?): "Ya sé que quieres escucharme y que quieres que te abrase con mis besos, que son lava del volcán de mis sentidos." Ella se estremece al oír las frases del volcánico irrigador y le contesta encendida como una clueca: "¡Dame marcha, corazón!..." Bueno; total, que se ausentan de la sala que parece que se van a soldar...

Al día siguiente charla nuestra heroína con una amiga que la interroga envidiosa de lo feliz que sospecha que fué la que supo inspirar los inacabables deseos del adormecido y misterioso doncel: "¡Vamos, que anoche... y que era guapo y vigoroso, y parecía que te estaba comiendo cuando te miraba; porque es que materialmente te estaba comiendo! Y la interrogada, poniendo un desprecio rascacielos en el mohín, contesta: "¿Comiéndome? ¡Nada de eso, hijita; nada de eso! Ese niño es de los que desgastan los caramelos sin mascarlos!"

Vuestro hasta el cuproníquel,

INCÓRDIEZ



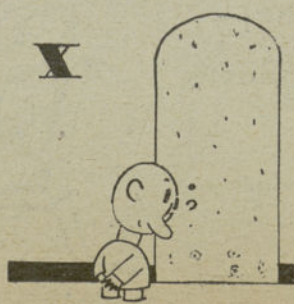
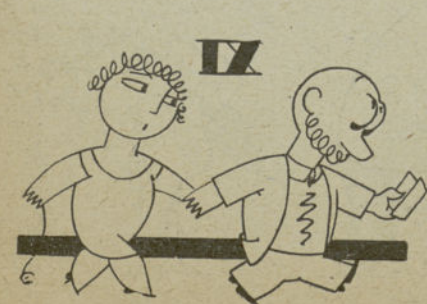
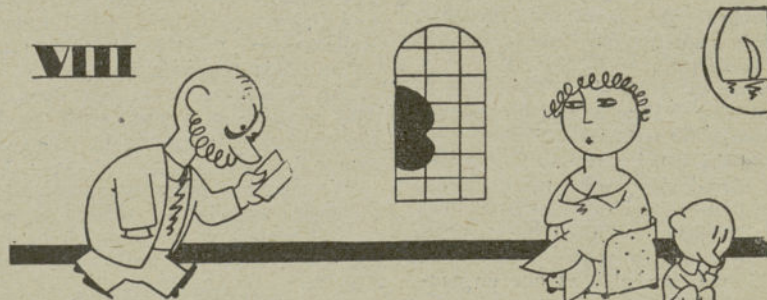
LA COSTUMBRE

La gordilla.—Pero, chica, ¿por qué te ocultas de tu novio?

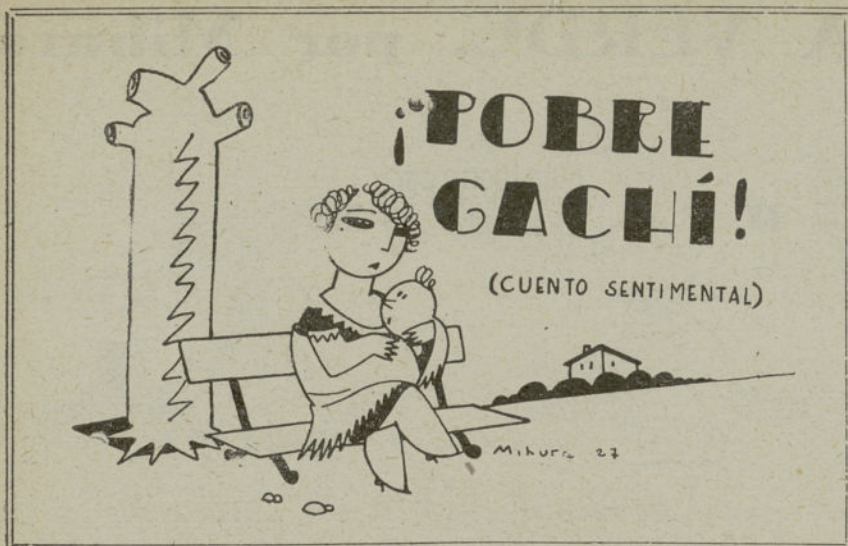
La otra.—Porque como siempre en el "cine" se pone a mi derecha, ayer, en el "Ideal Mack-Greo" cuando me di cuenta, ¡estaba a mi izquierda!

Dib. de Bellón.

LA NOVELA VERDE, por Mihura



Mihura 27



«El color del ala derecha de las «oscas», es igual al del ala izquierda». —Observación curiosa hecha por el autor durante su estancia en Burgos, y que no tiene absolutamente nada que ver con el artículo.

Como hoy tengo que ir al "cine" y dispongo de poco tiempo, voy a escribir un artículo sentimental.

Porque es que, decididamente, escribir artículos sentimentales, es más fácil que mirarse en un espejo.

Yo, en esta vida loca, lamento dos cosas: Que Wagner haya hecho *Tannhäuser* y que yo me haya dedicado a escribir artículos cómicos, y ustedes perdonen que yo lo diga; pero es que si no lo digo yo, no lo nota ni el Hacedor.

Y, sobre todo, si en estos artículos hay que hablar, como suelo hacerlo, sobre la mujer.

¡Porque es verdad!

Usted dice: Voy a escribir un artículo sobre las señoras.

Y empieza usted a pensar en las tías.

¡Y, claro! Ve usted unos muslos, ve usted unas caderas, ve usted una mesilla de noche, ve usted un edredón, y ve usted una de cosas que no cito, porque lo más probable es que no acudan.

Y, naturalmente, ninguna de estas cosas que usted ve, tiene gracias, porque buscarle el lado cómico a las individuos, es difícil como colocarse en la Telefónica.

Y lo que pasa, por el contrario, es que ve usted estas cosas, se pone melancólico y exclama: "¡Mira que tener yo que estar haciendo aquí el orangután, mientras hay por ahí unas gachís tan voluptuosas!..."

Y se le pone a usted un humor como para ir a la Toja a darse baños.

V es que es difícilísimo.

Se quiere, por ejemplo, escribir algo sobre esas tías que se llaman tanguistas.

¿Y me quieren ustedes decir qué gracia tienen estas tristesísimas socias? Pues absolutamente ninguna.

Lo único que se puede decir de ellas es que comen muchos bocadillos y esto ya lo han dicho hasta los niños de la edad más repugnantemente corta.

Y si, por fin, después de volverse uno loco pensando se nos ocurre algo original, el que lo lee, lo único que dice es la siguiente indirecta:

—¡Qué idiotez!

En cambio, el escritor en serio no tiene que calentarse la cabeza en meditar estupideces. El copia la realidad de esta porquería de existencia y tan campante. Por ejemplo, quiere hablar algo de las susodichas bailarinas y dice:

"Aquella noche Margot estaba triste" (cosa muy lógica, porque hay muchas noches que, no digo yo Margot, está triste un lechero del Puente de Vallecas).

"Su novio no venía."

"En la soledad de su alma sólo quedaba una ilusión y esa ilusión se desvanecía como una nubecilla en el horizonte."

"Y pensaba, pensaba, mientras que la música canalla del cabaret languidecía al compás de un tango, de un tango triste como su alma, como toda ella..."

"Y, deshecha en lágrimas, lloró, lloró mucho..."

"Er indurto,"

(Segunda parte,

por Bellón.



¡No hubo más remedio! Todos fueron rasurados.



El próximo número, de COSQUILLAS

Y el sujeto que lo lee, exclama poniendo los ojos en blanco: "¡Qué gachó escribiendo! ¡Vaya un tío conociendo a las mujeres!..."



¡Y no hay qué decir las escenas de dolor que se desarrollaron!

NUM:
COSQUILLAS
 CO - SATÍRICA.
 Aparece los sábados.
 Administración:
 CENTRAL ADMINISTRADORA DE
 PUBLICACIONES Y EDICIONES.
 Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 2247 S.
 Toda la correspondencia al Ap.º 9035.
 Director: INCORDIEZ.
 Precio de este ejemplar:
 INCORDIEZ, DIARI ANTON,
 EL PRADO, L. BEJARANO,
 BELORCIO, LUENGO, BELF,
 SANTOS, CAPDEVILA,
 VENEGAS, KARABA,
 VILA BELTRÁN,
 PEREDA, Y LUQUE,
 PORTILLO, UN
 GATO DE LA
 CORTE.
 DIAZ-ANTON
 MANOLO
 OSCAR.
 MARIANO
 DE
 Nº 50.
 GALLARDO
 MONTERO BOSCH

será el extraordinario
COSQUILLAS

Y esto le molesta a uno más que a un atacado de la gripe la inauguración de una vinatería.
 Y por eso yo me he decidido a



—Pide usted un número especial, y no queda. Así es que siento no poder servirle..., y le felicito.
 Dib. de Bluff.

escribir un artículo sentimental que, si después, de leerlo no empiezan ustedes a llorar hásta horadar el parquet, es porque en lugar de corazón tendrán ustedes una bellota indigna de albergarse en esos cuerpos, que yo me figuro serranos y jacarandosos.

Lo que siento es que me he extendido demasiado, porque yo, siempre que hablo sobre las mujeres, me extiendo, y no voy a tener espacio más que para escribir el último capítulo.

Pero es lo mismo.
 Ustedes se figuran el principio, y tan ufanos.

¡POBRE GACHÍ!

Ultimo capítulo.

Sentada en aquel banco, con su niño arropado en el mantón y la mirada fija en el vacío, Susana, la pobre Susana, la infeliz Susana, la casta Susana, la alegría del batallón, la pescadora de Ubiarco, no tenía ya lágrimas con qué llorar.

Su pobre corazón estaba seco.
 Caía la tarde y un aire frío la azotaba el rostro. Las primeras estrellas

empezaban a desperezarse allá a lo lejos.

Y Susana no quería verlas.
 Susana no quería ver las estrellas ni aunque la diesen un martillazo en un ojo.

Todo el amor que en su pecho había para aquel soldado que la deshonoró, para aquel maldito sargento que abusó de ella, que se aprovechó de que era Domingo y se había mudado de limpio, se había trocado en odio, en odio brutal, asqueroso, inicuo...

—Pero aún le quería; sí, le quería...
 ¡Pero le odiaba!

No; no le quería...
 Y al pensar en él, no pudo esconder más tiempo su pena y primero fué una lágrima, después otra y más tarde, a eso de las ocho y cuarto, rompió a llorar muy triste, muy desconsoladamente...

—¡Hijo, hijo mío!...
 Hacía frío y, a pesar de ello, un grupo de niñas, de niñas alegres que tendrían padre, ¡PADRE!, allá muy lejos, cantaban con su voz tierna y sentimental...

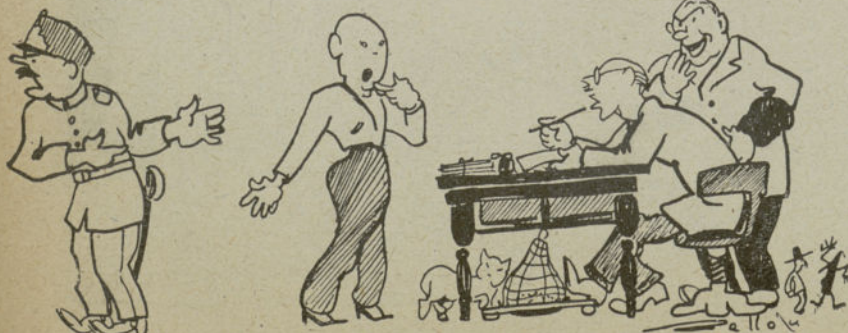
—“Una vieja se casó
 al pie de un confesionario,
 ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri...”

Ya era de noche.
 En la bóveda celeste el farolero de Dios acababa de encender la última estrella...

Y no me negarán ustedes que esto no es triste ni que demuestra que un servidor conoce bien el espíritu de las damas. Yo que he leído muchas novelas policíacas y he viajado bastante en taxis de cuarenta, me he emocionado tanto al leerlo, que me he tenido que tomar un sidral.

Bueno, me voy al “cine”.
 MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



—Que pasen ustedes a filiarse dijo un guardia al poco rato.

—¿De dónde eres?—dijeron al primero.
 —¿No lo está usted viendo? Der Japón.



Cuentos al oído

En la agonía

—¡Qué, señor cura! ¿Convenció usted a Bartolo?... ¿Se confiesa o no?...

—Hija mía, Bartolo es uno de los pecadores más empedernidos que conocí. Exige para convertirse un milagro; ¡que no sea yo, humilde siervo de Cristo, sino el mismo Cristo en persona, quien solicite de él que se confiese!

—¡Ay, don Juan de mi alma! ¡Qué borrón en nuestra familia de fervorosos creyentes!... ¡Qué desgracia, para el pobre Bartolo!... Porque el infeliz se condena sin remedio... ¡Un milagro!...

—No se apesadumbre, hija mía; no se apesadumbre. A grandes males, grandes remedios. El milagro se hará. Vendrá Cristo a ver a Bartolo...

—¿Cristo, señor cura?

—O Manolo el sacristán. Lo vestiré de nazareno, le pondré la cruz del Cristo del Perdón a cuestras y veremos si, con esta ficción, logramos arrancar a Bartolo de las garras del diablo. Todos los medios son lícitos cuando los justifica un buen fin. Me marcho, pero vuelvo en seguida con el sacristán. Lo arreglaremos todo en esta misma habitación. Vaya, doña Severiana, no se me atribuya demasiado. Todavía hay esperanza.

—¡Dios le oiga, don Juan!...

Dos horas después del coloquio antecedente, don Juan hallábase de nuevo a la cabecera de Bartolo, el enfermo. La habitación se sumergía en una honda penumbra. Sobre una mesilla de noche, ardía una lamparilla de feble resplandor. Bartolo, hundido en el lecho, apenas formaba relieve bajo la ropa. Su cabeza descansaba encima de la almohada. De su boca se escapaba un jadeante estertor, y sus manos arañaban ahincadamente la colcha. A cuantas exhortaciones le hacía don Juan para que se confesase, contestábase él con un "¡no!" cada vez más enérgico, como si concentrase todas sus fuerzas en estas negativas. Pudo, al fin, hablar unas cuantas palabras y fue para decir:

—Mientras no me lo pida Jesucristo...

No esperaban a otra cosa los factores de aquella piadosa farsa. Por consiguiente, apenas hubo pronunciado el enfermo estas palabras, cuando se estremeció de súbito la puerta de la alcoba frontera al lecho y apareció dentro de un marco la figura de Manolo, bastante bien disfrazado de Cristo. Traía una larga túnica de nazareno, la cruz cargada

sobre el hombro izquierdo, las manos, trabadas sobre el leño de ésta y una peluca con una corona de espinas que le componía una larga melena alrededor de la cabeza y una barba postiza que le descendía aguda hacia el pecho. Mostrábase muy poseído de su papel. Sólo desentonaban en su aspecto los ojos inquietos pero el enfermo no estaba para fijarse en tales minucias. Rodeábalo, además, un halo resplandeciente que no

procedía sino de unos candelabros, sostenidos junto a él, a los dos lados del pasillo angosto. Bartolo, al verlo, abrió los ojos lleno de estupor, de espanto y de angustia. El sacristán, convenientemente aleccionado, le habló así, con voz reposada y firme:

—No temas, Bartolo. Quisiste que viniera yo en persona para creer, y aquí me tienes. Arrepiéntete y confiesa tus culpas, hombre de poca fe.

Con aquella aparición, acabósele bruscamente a Bartolo la incredulidad de toda su vida. Prodújose en su alma agoniada un deshielo de la voluntad, y este deshielo revelóse a poco por el fluir lento de sus lágrimas.

Don Juan, que, al abrirse la puerta, se había hincado de rodillas, acercóse de nuevo al moribundo y le dijo:

—Dios, hijo mío, escuchó mis oraciones, aunque de un indigno ministro suyo. ¿Te obstinarás todavía en tu condenación?

—No se obstinará—intervino el sacristán—. He venido para salvarlo.

El enfermo, aunque afanosamente, articuló:

—Creo, señor cura, creo... Y quiero confesarme... Pero me da mucha



—Chica; ¿sabes lo que te digo? Que el charleston lo deben bailar muy bien las cocotas.

Dib. de Enciso.

vergüenza... Y, además, no sé hacerlo...

—¡Vaya, hombre!... No te avergüenzes. Dios es muy misericordioso. —Manolo asintió con la cabeza—. Y, si no sabes, no te apures. ¡Yo te guiaré!...

El sacristán, dando ya por concluso su papel, intentó esfumarse discretamente; pero Bartolo le instó lloroso a que se quedara para darle valor.

—Desfalleceré si no le veo delante de mí—exclamó.

Y don Juan, por su parte, mientras le hacía señas para que se quedase, le impetró en voz alta:

—¡Señor, no abandones a tu siervo en tan duro trance!

Manolo, pues, continuó inmóvil en la puerta.

—Ahora, Bartolo—dijo el señor cura, dirigiéndose de nuevo al enfermo—, comencemos en seguida nuestra tarea. Verás qué fácil es... Mira; vamos a empezar por los Mandamientos de la ley de Dios... El primero, amar a Dios sobre todas las cosas... ¿Qué me cuentas sobre esto?...

—Le diré a usted, don Juan—respondióle el enfermo con la voz trémula—. A mí me enseñaron mis padres a amar a Dios pero yo...

—Tú, le desconociste luego y por eso no le amaste. Ahora, no obstante, te pesa haberte conducido así con El. Sí, ya lo sé que te pesa... No te esfuerces... Esto basta... Pasemos al segundo Mandamiento que es no jurar su santo nombre en vano...

—Yo juré, señor cura, lo juré muchas veces. La culpa, sin embargo, fué casi siempre de don Luis el jefe de la cárcel, mi compañero de dominó, que me hizo pasar cada rabieta...

—Basta, hombre, basta... Ya estás arrepentido... Lo leo en tu rostro... Y Cristo lo lee también así con sus divinos ojos...

Esta frase era un aviso para Manolo, que, sin darse cuenta, se había pasado varias veces la mano por la barba con un ademán hartamente profano.

Confesor y penitente continuaron de esta manera Mandamientos adelante has-

ta llegar al sexto. En éste se atascó el enfermo, pero con un atascamiento del que no podía salir.

—No te dé cuidado, hombre—le dijo el sacerdote para estimularle—. Hablas con quien sabe que la carne es flaca... Alguna mujer..., alguna vez..., ¿verdad?...

—Sí, señor—suspiró el enfermo con voz sibilante—. Y más de una... Cuando iba a la ciudad...

—Comprendido y perdonado... Pasemos al séptimo...

—¡No!—replicóle Bartolo—. Aun queda algo del sexto...

—Pues a decirlo pronto.

—Me da reparo. Se trata de un secreto de toda mi vida. Y no me atrevo...

—Estaría bien no haberse atrevido a hacerlo; pero ¡a confesarlo!... Eso es el demonio que aún te tiene agarrado...

A una imperceptible indicación del sacerdote intervino Manolo, el cual alzó la diestra y, haciendo su voz meliflua le dijo:

—Hijo mío, mi presencia aquí, ¿no te expresa claramente mi deseo de perdonártelo todo? Confiesa, pues.

El moribundo alentado con estas manifestaciones, exclamó:

—¡Lo confesaré, señor cura, lo confesaré!... ¡Me acuso de haber estado seis años con la mujer del sacristán!

Al oír estas palabras, Manolo dió un brinco hacia la cama, dejó caer la cruz en el suelo y levantó sobre el misero pecador los puños crispados. Deseoso de conjurar la catástrofe, insistió don Juan:

—Quizá estés obcecado, hijo mío. No sería con la mujer del sacristán. Sería con cualquier otra...

—¡No, señor cura, no!—replicó el penitente atemorizado—. Se acerca la muerte y no valen bromas. Fué con Hilaria, la mujer de Manolo...

El sacristán, sin poder contenerse, quiso atenazarle el cuello entre sus manos. Inútil ya. Bartolo, doblada la cabeza, expiró...

Pocos instantes después, los vecinos de aquel pueblo pudieron presenciar un curioso espectáculo. Iba el sacristán por la calle, a grandes zancadas, con la cruz en alto, con un lío de ropa bajo el brazo, con una barba y una peluca nazarenas en la mano y clamaba babeando de furia:

—¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Con mi difunta Hilaria!...

A un lado caminaba don Juan y le recriminaba:

—Te has portado muy mal, Manolo, muy mal. Debiste adelantarte unos minutos. Representabas a Cristo...

Y, al llegar aquí, lo interrumpía el sacristán gritando entre grandes aspavientos:

—¡Es que hay cosas, señor cura, que no las resiste... que no las resiste ni...

Su voz declamatoria taladraba las sombras misteriosas de la noche...



El.—¡Otro abrigo, y van ochol!...

Ella.—Sí; ya no me falta para mi colección, más que el abrigo de piel de buey.

El.—Ese es el único que no me va a costar nada, porque mañana... ¡Me desuello!

Dib. de Picó y Bluff.

José A. LUENGO



"Vivac de Sidi-Bu-Yebel (columna de vanguardia). 25-I-27.

Intrépido y humorístico Incórdiez: Ha llegado a nuestras pecadoras manos, en estos "campos de soledad", un numerito de su regorijante COSQUILLAS, que nos ha hecho el mismo efecto que si nos hubiesen pasado suavemente una pluma de ave por la región hipocondria! Como que ha habido quien tuvo que agarrarse a lo primero que encontró —que en este caso fué un fusil— para no romperse la percha del gorro contra el parapeto! Tal era la hilaridad. Y hubo quien escondió las manos en los bolsillos del pantalón al contemplar las soberbias pantorrillas y macizas caderas que el "feminista" Demetrio supo pintar.

Pero vamos a dejarnos de prólogos y al grano, que hay escasez de papel y el lápiz china (no lea esto muy de prisa y pronuncie bien todas sus letras) se gasta demasiado y tiene que tirar toda la campaña.

El asunto es... que somos seis soldados que nos encontramos sin madrina de guerra, y recurrimos a usted para que influya acerca de las lindas lectoras de COSQUILLAS, para que nos alegren tanto nuestras existencias y contribuyan con sus cartas a hacernos más llevadera la campaña.

De usted hasta el "baqueo" de metralla. Raul López de Haro (cabo de la Mehal-la de Laracha, núm. 3), Jaime Venturini, Aurelio Martín, Ramón Uribarri, Vicente González, Agustín Vinella.

También la solicitan:

Antonio Marqués Coello. Primera legión del Tercio. Plana Mayor de Mando. Sección Telegrafistas. Melilla.

Enrique López Alarcón y José González Alonso. Soldados del Tercio. 5.^a Bandera. 20 Compañía. Megaret. Larache.

Herráiz. Compañía de Ferrovios militares. Tistutin.

¡El próximo número, es el extraordinario de Carnaval! Quedan ustedes advertidos a tiempo.

Leed COSQUILLAS

Correspondencia particular.

J. S. V. Málaga.—De convenirle las condiciones, son las que se expresan al final de esta sección.

O. G. D. Avila.—No nos sirven. Son muy infantiles.

R. de G.—Preferimos lo cómico.

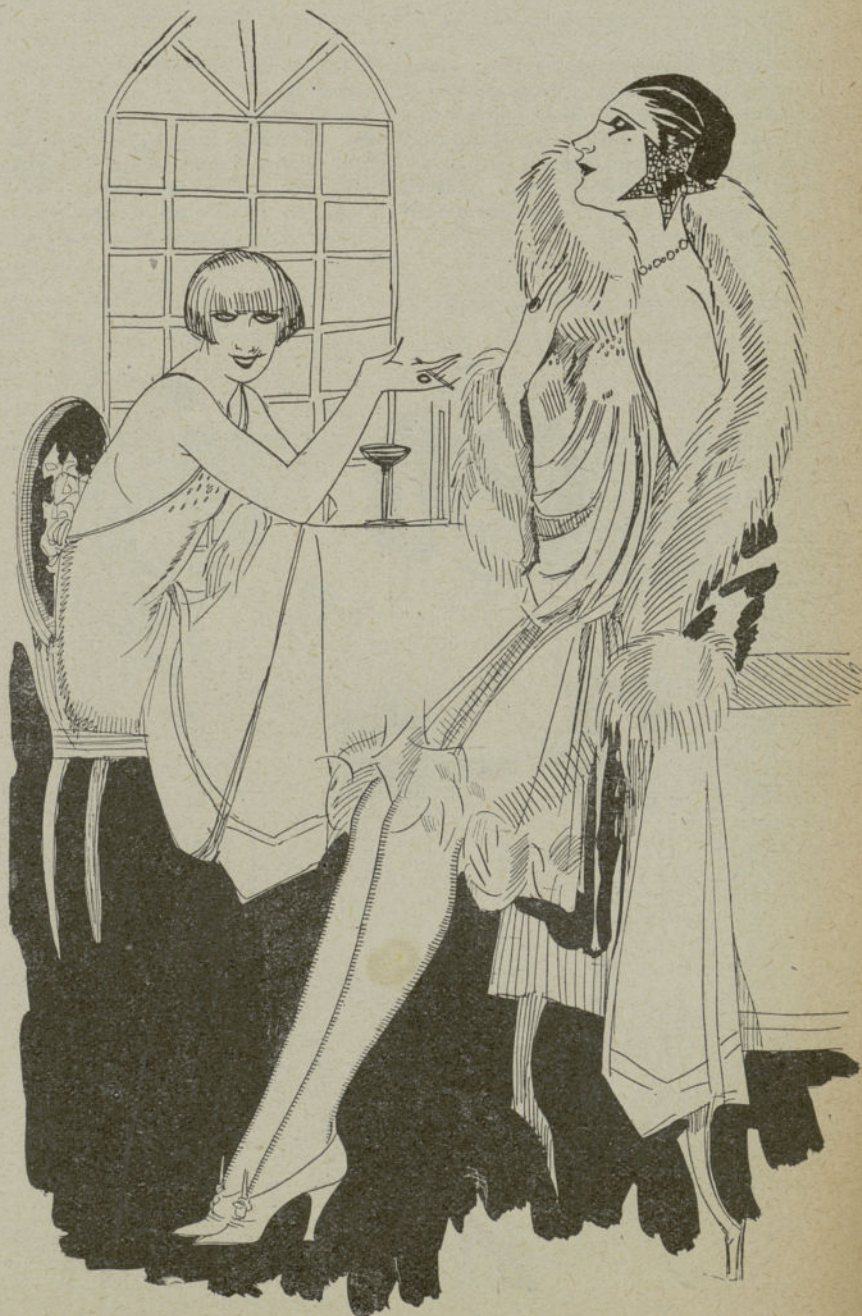
A. C. B.—Es muy largo y poco a tono con el carácter de la revista.

P. de T.—Admitida una cosa. La otra veremos.

J. P. G.—No nos sirven.

A. M. J.—Se publicó ya una cosa muy parecida, además de ser muy fuerte.

No se abonarán más originales que los solicitados por la Dirección.



INSINUACION, por Picó.

—Oye; ¿le has enterado de lo que se murmura de Ana y de María?... ¡Y no es que a mí me parezca mal!

Historietas para el te

Coincidencias

Don Arturo de la Escosura es el hombre más feliz de los nacidos, incluyendo entre ellos a los antifacionados a la radio.

Poseedor de un regular pasar (nos referimos al dinero) y usufructuario de una más que regular señora, a la que no atiende casi ni cuando le pregunta, no goza más que en jugar al billar, ir a los toros a maltratar familias de coletudos y asistir a Eldorado todas las noches a ver si se convence que Chelito es primera tiple de revista.

Fuera de estas tres diversiones (con preferencia la primera y con butaca la última), el mundo para él está vano. Todas las tardes, sobré las tres, don Arturo se cala el *chapeau*, se cala los guantes y su señora se cala que ya no va a regresar a casa ni aunque le empuje un ciclón.

D. Arturo tiene un amigo: un amigo de billar y de grada solamente, pues por sabido se da que sus amistades no frecuentan su casa por la sencilla razón de que él tampoco lo hace.

La otra tarde, el amigo de D. Arturo, que atiende por Leonardo, acudió algo apurado en busca de nuestro héroe.

—D. Arturo, vengo a solicitar de usted un favor inmenso.

—Tú dirás, hombre; tú dirás.

Y le sonrió muy satisfecho de aquel tuteo paternal que empleaba.

—Es el caso... que no me atrevo...

—¡Caray! ¿Tan grave es?

—Le diré. Es más bien un compromiso de honor...

—¡Cáspita! ¿Vas a batirte?

—No. Voy a pegarme nada más... A pegarme a una tía rica a la que, tras largo asedio, he podido rendir.

—Bien... Y, ¿en qué puedo servirte?

—En cien pesetas.

—¿Pero no dices que es una tía rica?

—¡Riquísima; pero de una ricura para chuparme los dedos nada más...!

—¡Ah, ya; comprendido!

—Como usted comprenderá, ¿qué menos voy a emplear en su honor que cien pesetas?

—No es una honorable muy cara.

—Para alfileres nada más... Y como me pillas a últimos de mes...

—¡Nada, hombre; por eso ni apurarse! Los amigos son para los amigos. Ahí tienes, y que sirva de salud.

Y con mucha prosopopeya sacó la cartera y le hizo entrega del billete.

Leonardo le cogió trémulo, pero al tomarle observó que estaba marcado con un sello que decía:

“Pérez López y Compañía, Banqueros”

D. Arturo explicó aquello. En la

casa de banca donde él acostumbraba a retirar fondos, tenían por costumbre sellar los billetes para responder de las falsificaciones.

Aquella noche, D. Arturo, más feliz que nunca, porque había ganado tres partidas seguidas a su más encarnizado rival, se retiró a su casa cantando “La Calesera” de gusto.

Su mujer, que nunca le esperaba, dormía a pierna suelta. Su busto ebúrneo y picantemente apetitoso, se recortaba sobre el lecho bajo la fina colcha de seda, de un modo tentador.

Sobre los muebles y en desorden, se advertían todas sus prendas de vestir.

D. Arturo, tras contemplarla, después de un momento de duda, se desnudó en silencio.

Al intentar introducirse en el lecho tropezó con el bolso de su mujer, que estaba encima de la mesilla y lo tiró al suelo.

Al recogerlo sintió curiosidad por ver las chucherías que su mujer guardaba en él y al abrirlo—¡oh dolor que al alma llega!—con lo primero que tropezaron sus ojos fué con un billete de cien pesetas, con un sello que decía:

“Pérez, López y Compañía, Banqueros”.

FIDEL PRADO

¡Vaya extraordinario de Carnaval, el de COSQUILLAS!



La esposa.—¡Pues si no pintas nada en la alcoba, vete!

Dib. de Demetrio



Leemos en un diario de la noche:
"Los padres de la Provincia."
¡Caray! ¡Qué suerte tiene esa señorita!
¡Y sobre todo, qué suerte tuvo su mamá!

En la región de Revermont parece ser que no se quiere casar nadie... nadie que lleve pantalones.

Se han constituido Ligas promatrimonio y en la liga sólo han entrado las mujeres (cosa que nos ha parecido lógica).

Los solteros no sólo se han confabulado para no casarse imponiéndose fuertes multas, sino que han publicado un manifiesto en el que aseguran que el estado perfecto del hombre es el del celibato, ya que en él pueden tener todas las ventajas del matrimonio y ninguno de sus inconvenientes.

Este manifiesto ha provocado las iras de algunas mujeres, que se han querellado ante los Tribunales contra los miembros del club, acusándoles de propagandistas de la inmoralidad.

Esta actitud de algunas nos ha parecido excelente; lo que tendríamos curiosidad es por saber la opinión de las otras, de las que no se han querellado.

Porque a lo mejor son capaces de dejar a sus compañeras en muy mala postura.

¡Y hasta quién sabe si es cuestión de postura el origen de su protesta!

Según la estadística americana, que es la más meticulosa y minuciosa del mundo, en Nueva York aumentó durante el pasado año millón y medio de habitantes.

Esto quiere decir que ha habido millón y medio más de natalicios.

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego
cerrado, 0,25. Escribid
Apartado 1.236. Madrid

En esta noticia acaba la estadística, y es de lamentar. Provieniendo de los americanos nos hubiese gustado saber otras más curiosas y anteriores, ya que no hay causas sin efectos.

Y la estadística de los efectos necesarios para las causas, podía haber sido interesante.

Una criatura con dos padres.

Este no es el título de un folletín, sino un suceso pintoresco que anda en trámites jurídicos para su aclaración.

Aquí, donde hay tanto *crío* sin encontrar un padre ni para dejarle una herencia, el caso es consolador y hasta de una moralidad insospechada.

Lo que ya no es tan moral es que sean dos los padres de uno.

Y mucho menos que la madre tampoco lo sepa.

Claro que le queda una solución: buscar un tercero en discordia.

¡Que a lo mejor le hay!

¡El próximo número es el Extraordinario de Carnaval!

FOTOGRAFIAS SELECTAS: RARAS

**Hermosas colecciones
10 ptas. en sellos de Correo.**

Escribid a **Excelsior**. Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)



LA GRUTA THERMO, por Herreros.

El.—¿Véis cómo en esta gruta no hace ni frío ni calor? Aquí se conservan las cosas a la temperatura que se metan.

Ellas.—¿Y a qué temperatura has entrado tú?

ENTREMES

Si en el mundo había personas de buen corazón, se puede asegurar, con toda clase de pólizas, que ninguna como San Teófilo. ¿Ustedes no saben quién es San Teófilo? ¡Por Dios! ¡Si San Teófilo es más conocido que nuestro entrañabilísimo Incórdiez! San Teófilo es un hombre tan sensible, que si llega a nacer galena es la fortuna de su familia; su corazón, ante una desgracia, se convertía en una piltrafa in-significante.

Uno de los casos mil que le ocurrieron a San Teófilo fué una tarde en la que, acompañado de un amigo, recorría las calles de la capital.

Cruzóse con ellos un individuo de aspecto misérrimo, faz demacrada, pómulos pronunciados; un andar bastante trabajoso, y en todo él muestras indudables de estar hecho la santísima...

Tanto fué el advertir San Teófilo el esqueleto con gorra y bastón que junto a él pasaba, como volverse e interrogarle:

—¿Qué le pasa, señor? ¿Qué le ocurre?

—Usted verá, *amigaso*; hecho un *atorrante*, *ché*.

—¿Y qué le ha sucedido? ¿Por qué está así?

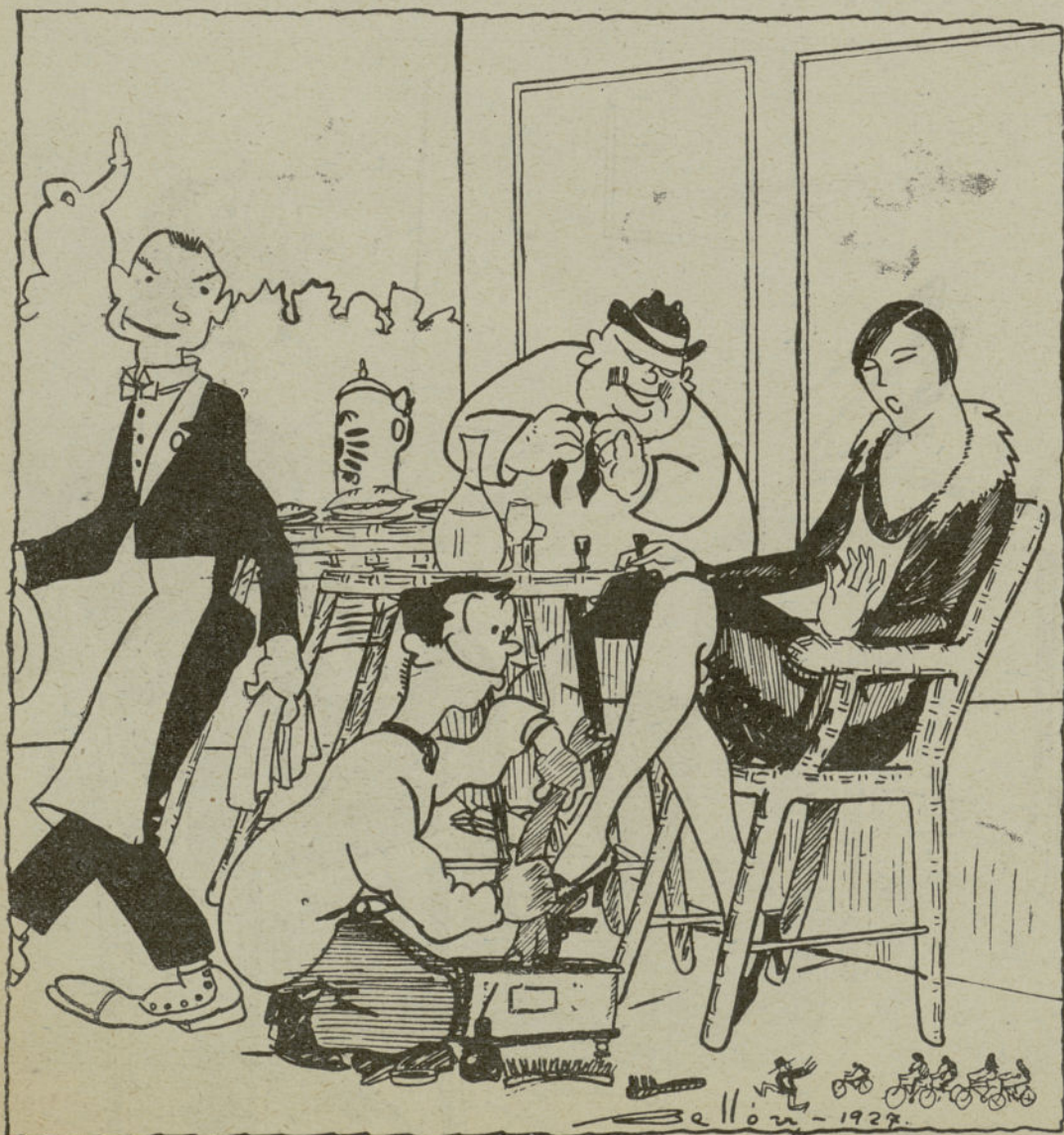
—¡Cosa linda! ¡Víctima de las minas! (1)

—¡Ah!—exclamó San Teófilo—. ¿Alguna explosión de grisú? ¿Es usted minero?

—Quiá, mi señor. ¡Soy argentino, no más!

MIGUEL ANGEL DE PEREDA

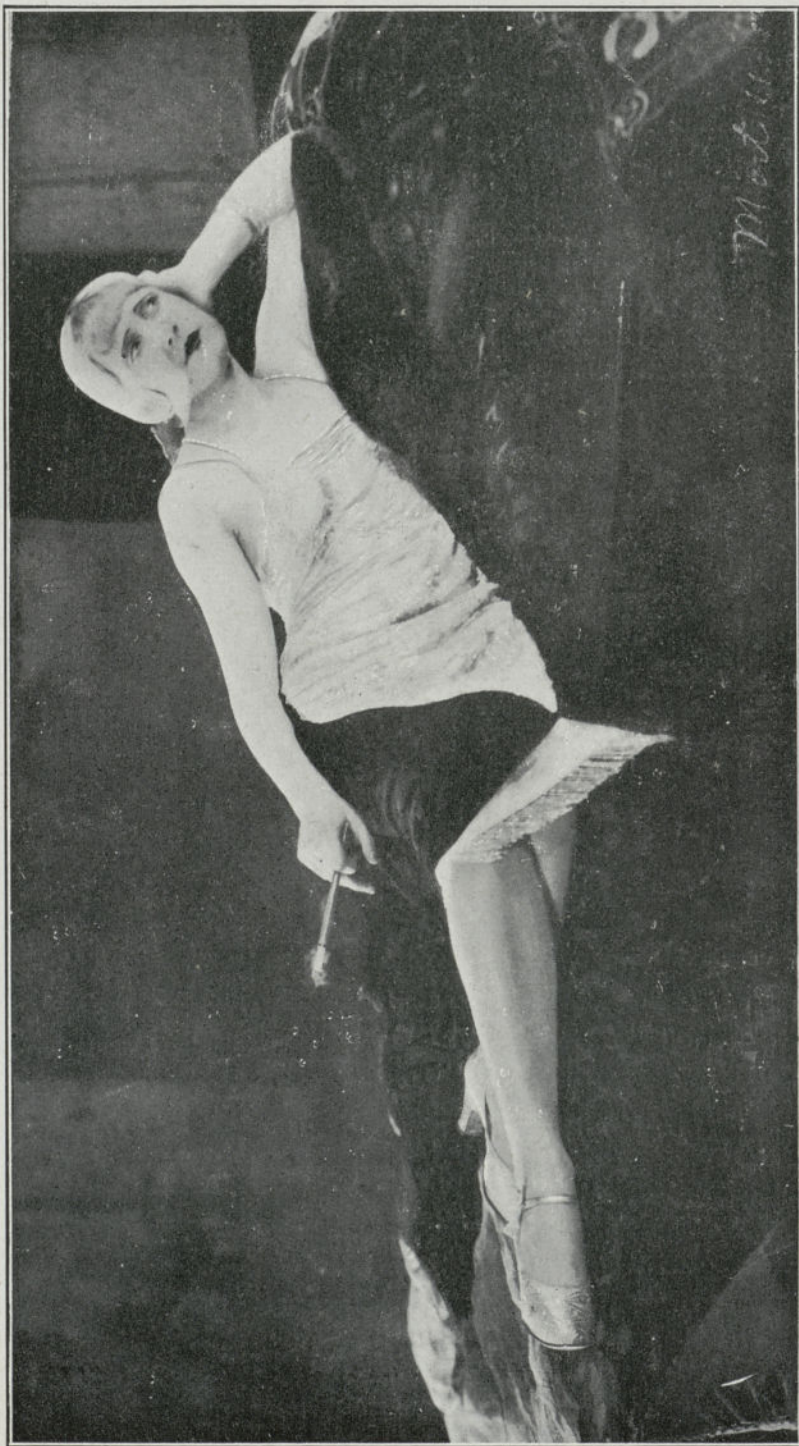
(1) Peripatéticas.



Ella.—¡Oye, tú, que te estás durmiendo!...

El "limpia".—¡Pues tengo una pesadilla que me voy a volver loco!

Dib. de Bellón.



Album de belleza

La hermosa actriz Shirley Mason, en la comedia cinematográfica de la "Hispano Fox-Film", titulada "A prueba de escándalo".

Bien corto es el comentario que le pongo a esta foto. Que el que está a prueba de escándalos desde que la ha visto soy yo. Vuestro hasta el deshuese,

INCÓRDIEZ

El charlestón en los salones

Hace unos cuantos años, esta foto parecería estar tomada en manicomio de aristócratas. Pero ahora, en 1927, no es ni más ni menos que la representación del baile de moda. La todavía guapa señora marquesa del Paracaidas ha invitado a sus amistades a presenciar las lecciones de una linda profesora de charlestón. (Laura La Plante.) Observen a la cotorrona marquesa cómo se apresta a hacer la vñjera vacilante con sus piernas robustísimas.

Nuestro hasta la convulsión coreográfica,

INCÓRDIEZ

(Foto de la Hispano-Film.)

